

**EL OJO CRÍTICO**



José  
Lois  
Estévez

**La revelación de lo importante.** *Por José Lois Estévez*

La importancia de las cosas es muy desigual, resulta terrible establecer comparaciones entre unas y otras. En cuanto queremos ponerlas en correspondencia, para evaluar su relativa importancia, se nos hace extraordinariamente conveniente atribuir a cada una su papel.

No nos cabe dejar de comparar. Comparar unas cosas con otras es un hábito del que no podemos prescindir los hombres. Donde quiera que dirijamos la mirada, las cosas guardan un orden. Y se atienen a él. Vemos efectivamente las cosas ordenadas en el universo, cada una tiene su posición, al ocuparla, la respeta conservando el orden. Cada país tiene su historia y no hay casualidad; en 1936 se desencadenó en España una guerra civil que no dejó indiferente al mundo, la guerra civil tuvo un desenlace previsible como suele ocurrir, la ganó el mejor, con un resultado de 40 años de validez. A partir de entonces, el régimen perdió su importancia y soplaron aires de cambio. ¿Se preguntó entonces, cuál de las ideas en pugna era científicamente mejor para España? La verdad es que no. Se dio por supuesto que la transición política era necesaria, porque era preciso sustituir una dictadura por la democracia. Pero, a pesar de la trascendencia del tema, una pregunta tan decisiva, no se planteó seriamente. Se articuló como una hipótesis. Ni se pensó en la probabilidad de crear realmente un Estado de Derecho, o que todo degenerara en oligarquías partidocráticas. ¿Haríamos o no una Constitución realmente aplicable?, ¿compatible con un Estado de Derecho? Este interrogante no se formuló y, consiguientemente, la permanencia de la Constitución, la vemos hoy sujeta a grandes inseguridades. La principal, falla: la soberanía nacional está en crisis.

Si preguntamos por qué se quiere la igualdad humana, la respuesta nos la proporciona un libro famoso de un filósofo nuestro, que lleva el título *La envidia igualitaria*. Pues en efecto, la envidia, es decir, el pesar del bien ajeno, tiende a no admitir la desigualdad humana. Cuando un hombre siente la desigualdad de otros, reacciona con ese pesar. Se resiente del trato desigual, parece que nadie quisiera que los demás estuvieran en mejor situación que él.

Las comparaciones entre los hombres son inevitables continuamente y revelan a cada paso la desigualdad. Si preguntamos en qué estriba la democracia. La respuesta más frecuentemente emitida tiene que consistir en la nivelación de atributos. Habremos de encontrarnos con respuestas homologables. El credo democrático necesita generalizar la igualdad.

La intencionalidad de la democracia la enseñó Aristóteles. Estriba en que los poderes públicos otorguen un trato igual a quienes estén en situaciones iguales. Si esto no se da, no podrá existir la democracia. Lo más probable es que no se alcance. La desigualdad evidenciada es una constante fuente de frustración, la causa principal de que se pierda la fe en el credo político.